

8 de septiembre del año 2006 en la Fiesta del Nacimiento de la Santísima Virgen María.

A TODOS LOS FIELES CRISTIANOS DE LA ARQUIDIÓCESIS DE SAINT LOUIS:

**DANDO LA BIENVENIDA AL EXTRANJERO:
LA RESPUESTA CRISTIANA ANTE EL DEBATE ACTUAL
SOBRE LA REFORMA DE LAS LEYES MIGRATORIAS**

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

1. Hace algunos días, en la celebración del Día del Trabajo, tomamos un tiempo de descanso para celebrar el trabajo como un regalo de Dios para nosotros. Celebramos que compartimos los muchos regalos que Dios nos da a través del trabajo, para que así podamos servir al bien común. Honramos a todos los trabajadores quienes, no importando cuán significativo o insignificativo parezca ser su trabajo, contribuyen al bien de todos al realizarlo, con un gran esfuerzo y deseo de servir.

2. Este año, la celebración del Día del Trabajo se vio marcada por preocupaciones serias y cierta tensión sobre la reforma de las leyes de nuestra nación con respecto a la inmigración. La preocupación y ciertamente la tensión ha sido intensificada para nosotros, gracias a las acciones que una municipalidad en nuestra Arquidiócesis decidió tomar con respecto a las leyes migratorias y reformas que han sido reservadas, correctamente, solo para el gobierno federal.

3. Aparentemente, todos estamos de acuerdo que las actuales leyes migratorias no funcionan. Es natural que haya una gran variedad de opiniones sobre como el gobierno debería reformar nuestras leyes migratorias para que así resuelvan el gran fenómeno de la inmigración ilegal. Como Cristianos, no es importante cual podría ser nuestro desacuerdo con respecto a aspectos específicos de la ley de migración, nosotros debemos estar unidos en obediencia a la palabra de Dios, que nos enseña como recibir al extranjero entre nosotros y recibirlo como a uno de los nuestros.

4. La palabra de Dios nos recuerda que todos somos extranjeros e invitados en el mundo. Todos somos peregrinos en el camino hacia nuestra última morada con Dios. Recordemos el mandamiento que Dios nos da en el *Libro de Levítico*:

Si un extranjero se instala en la tierra de ustedes, no lo molestarán; será para ustedes como un nativo más y lo amarás como a ti mismo, pues también ustedes fueron extranjeros en Egipto. Yo soy el Señor tu Dios (*Lev 19:33-34*).

Nuestro Señor Jesús confirma este mandamiento, identificándose El mismo, el Hijo de Dios Encarnado, con el extranjero quien nos enseñó a darle la bienvenida. El rotundamente nos dice: "Les aseguro que cuando lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron" (Mt 25:40). Para nosotros quienes somos ciudadanos de los Estados Unidos de América, no debería ser tan difícil entender la ley de Dios con respecto a los extranjeros, pues la gran mayoría de nosotros somos descendientes de aquellos que vinieron como extranjeros a nuestro país, buscando una vida mejor y un hogar seguro. No debemos tan fácilmente olvidar lo que significó para nuestros antepasados ser inmigrantes. Todos los inmigrantes, no importando su estado migratorio, son nuestros hermanos y hermanas. Debemos respetarlos y amarlos.

5. Mientras nuestra nación se enfrenta con la presente situación de la migración no autorizada, la Iglesia, obediente a la Palabra de Dios, nos ayuda a entender como nosotros como ciudadanos Cristianos debemos responder. Y para ayudar así a cada uno de ustedes en nuestra Arquidiócesis a reflexionar sobre su respuesta a este asunto, reviso a continuación los principios de respeto y amor que son nuestra respuesta Cristiana a esta situación.

6. Primero, la Iglesia impulsa una reforma de nuestras leyes migratorias que dejan a mucha gente hoy en las sombras de la migración no autorizada, y que ha resultado en la perdida de la vida de muchos hombres y mujeres que honestamente buscaban una mejor vida, un futuro y un hogar seguro. Las sombras en las que viven aquellos que emigran sin autorización tristemente crean un amplio lugar para que estos hermanos y hermanas, que necesitan nuestra ayuda, sean explotados.

7. Sin el afán de justificar la inmigración no autorizada, la Iglesia pide que la reforma de nuestras leyes reconozca a los inmigrantes quienes, a pesar de su situación migratoria irregular, contribuyen al bien de nuestra nación a través de sus vidas ejemplares y trabajo y que les de la oportunidad de regularizar su estado migratorio. Al mismo tiempo, la Iglesia pide que nuestras leyes migratorias hagan posible para las personas y sus familias, que desean entrar a nuestro país en la búsqueda de una mejor vida, y un hogar seguro, lograr este honesto propósito con sus derechos humanos respetados y protegidos.

8. Reconociendo a la familia como la primera unidad básica de la sociedad, la Iglesia pide que las leyes migratorias favorezcan la unificación de familias. Hoy, muchas familias de inmigrantes tienen que esperar muchos años para ser reunificadas.

9. Como ciudadanos Cristianos, debemos apoyar el orden de la ley, especialmente cuando se trata de la seguridad de nuestros ciudadanos y nuestra nación. Entonces, deben existir leyes de protección para nuestra frontera que permitan la identificación de criminales y de terroristas que buscan entrar en nuestra nación. Estas leyes deben estar enfocadas, ser justas y humanas. Además, su implementación debe respetar los derechos humanos inviolables de cada hermana y hermano nuestro.

10. Finalmente, en nuestra discusión sobre la reforma de legislación migratoria, la Iglesia nos enseña que se debe respeto a todos. No es justo utilizar a los inmigrantes indocumentados como “chivos expiatorios” y culparlos de todos los problemas económicos y políticos de nuestra nación. Es profundamente injusto acusar como responsables de los actos terroristas llevados a cabo por algunos criminales, a los inmigrantes quienes con su trabajo duro nos sirven, mientras que buscan una vida mejor para ellos y sus familias. Antes de iniciar a trabajar en el gran reto de desarrollar unas nuevas leyes migratorias, nuestra nación debe estar atenta a respetar la dignidad de cada vida humana, y jamás pasar por alto el divino mandato de ayudar a los inmigrantes a regularizar su estatus migratorio y mantener la unidad de sus familias.

11. Como ciudadanos cristianos, practicantes de la virtud de patriotismo, oremos para que las leyes migratorias de nuestra nación sirvan justamente a todos, inmigrantes y ciudadanos de los Estados Unidos de América, y así sirvan al bien común. Demos sin descanso la bienvenida a los extranjeros entre nosotros con el mismo respeto y amor que Cristo.

12. Que Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de las Américas y Estrella de la Nueva Evangelización nos abrace entre sus brazos amorosos, y que nos guíe a su Hijo Divino quien nos enseña el camino del amor divino.

Pidiendo la bendición de Dios para ustedes y sus hogares, y contando con sus oraciones, quedo de ustedes,

Suyo devotamente en Cristo,

(Reverendísimo) Raymond L. Burke
Arzobispo de Saint Louis